

Pluma y tintero

“KOMPULE MOSSI” (...“las que llevan el mar sobre sus cabezas”...)

Juan L. Rincón Ares.

XIII Premio Frasquita Larrea (Chiclana)
Marzo de 2.001

Nanbi y su hermana **Mutsesu** divisaron desde lejos el pozo. Entre unos matorrales secos sobre los cuales apenas manchaba el horizonte un raquíptico baobab, se hallaba la charca que venían a buscar caminando cada día con su “cesto de agua” en la cabeza. Era el apogeo de la época seca y el **harmattan**, el viejo viento que barría el Sahel durante 6 meses, hacía tiempo que había secado los pozos cercanos al poblado donde vivían con su madre y sus hermanos pequeños. Por ello, cada día debían caminar más de una decena de kilómetros para ir y volver con el líquido preciado para su familia.

Tras lustros de entrenamiento habían aprendido a caminar rectas con el **hossel** en la cabeza aprovechando la noche para que Oduduwe, el sol, no se antojara del agua que acarreaban. Por eso cuando el **harmattan** de cada día despertaba al dios del cielo golpeando sus mejillas con la arena del desierto, hacía ya rato que Nanbi y las demás mujeres del poblado habían regresado a su hogar en Diabaly. Nyazi, la hija de las estrellas que correteaba juguetona por el cielo disfrazada unas veces de estrella fugaz y escondida, otras tras la Luna, las había visto caminar año tras año, desde el principio de los tiempos, con su preciada carga en la cabeza y había bautizado a las mujeres del Sahel como “**kompule mossi**” - “las que llevan el mar sobre sus cabezas”- y se asomaba cada noche para observar hipnotizada las olas en las que se mecía el reflejo de la cara blanca de Gulu sobre las mulleras de aquel pequeño destacamento femenino, coronado y tenaz que se movía, siglo tras siglo, sobre el árido paisaje saheliano.

Aquel amanecer, Obatala - que regía en el viento y las nubes- lo había dispuesto toda para que la vida de Nanbi y Mutsesu cambiara de forma radical. Nanbi siempre tuvo en su poblado cierta fama de estar tocada por Obatala y por ello sus vecinos le perdonaban sus excentricidades. Para empezar había renunciado a casarse, a pesar de que fueron muchos los jóvenes que años atrás se acercaron a cortejarla. Eran otros tiempos, claro. Ahora los

jóvenes, en cuanto tenían edad, marchaban hacia Uagadugú o Bobo-Dioulasso prometiendo volver ricos y poderosos para perderse irremisiblemente, uno tras otro, en el horizonte y el olvido. Los poblados como Diabaly iban quedando vacíos de hombres. Sólo mujeres y niños que crecían entre el polvo, el hambre crónica y la enfermedad maldita que arrasaba los poblados.

Cuando Nanbi cumplió doce años - aun no había nacido Mutsesu - Kintu, la **mah'entá** más poderosa de la sociedad secreta de las mujeres mossi la reclamó ante su madre. Walumbe, recordó su propia iniciación, su miedo, el dolor penetrante, el temor ante la cuchilla y luego las fiebres, el estar cruzando y volviendo del sueño de los muertos. Luego miró el rostro confiado y sonriente de la niña Nanbi y no pudo hacer otra cosa que negarse. Su marido Oranyan había sido un hombre muy respetado en la zona, gran viajero y de amplia cultura, y eso les daba ciertos privilegios. Tuvo que soportar algunos meses de malos gestos y llegó a temer que Nanbi desapareciera como otras "rebeldes", pero el carácter despierto y vivo de su hija terminó por ganarse al poblado que excusó su singularidad, en la suposición de que estaba tocada por Obatala para alguna misión futura.

Aquél día iba a ser diferente. Cuando el bullicio cantarín de las "**kompule mossi**" se acercaba al pozo, las mujeres notaron que algo distinto sucedía. Normalmente, su canto hacía levantar el vuelo a los pájaros **manda** que dormitaban entre los arbustos e incluso espantaba a algún chacal que pernoctaba en la precaria espesura. Aún faltaban un par de horas para que Oduduwe rompiera con fuego la lejana línea del horizonte. De los alrededores del pozo no voló un solo pájaro; el paraje parecía desierto. Una cierta inquietud recorrió las filas de las mujeres del poblado **mossi**. Nanbi - su fama de "privilegiada divina" le procuraba, además, ciertas obligaciones - se acercó sigilosamente mientras las demás se agazapaban tras las dunas. Quizás un guepardo se encontraba bebiendo en la orilla y eso había provocado la deserción de los habitantes del oasis, pensó. A medida que se acercaba pudo sentir que no todo estaba en silencio. Desde la otra parte de la charca, llegaba un susurro, algo así como un llanto quedo y seco mezclado con una conocida canción de cuna. "¿Me quieres volver más chiflada, Obatala?", dijo para sí Nanbi, creyendo que todo aquel galimatías sonoro no era sino otra de sus frecuentes bromas. Y, así lo hubiera jurado al identificar en la semioscuridad de la noche que ya se acababa, los rasgos de una mujer que lloraba y cantaba, una mujer joven que sostenía en brazos a un pequeño bulto, una mujer que le resultaba conocida, una mujer que parecía..., que era...

-¡¿Fukay?! ¿Fukay? ¿Eres tú? -gritó Nanbi surgiendo de la oscuridad, sobresaltando a la madre que daba de mamar a la criatura.

-¿Nanbi? ¿Nanbi de Diabaly? -contestó su vieja amiga reconociendo de inmediato aquella voz cantarina y sonora como una **sereendú**.

-¡ Salid, salid, "**kompule mossi**"! -gritó mientras abrazaba a su desfallecida amiga - ¡ es Fukay, mi querida Fukay que ha vuelto!.

Mientras Mutsesu y las demás llegaban al lugar, Nanbi tomó en sus brazos a la hija de Fukay.

- Y ¿ésta quién es, de dónde ha salido? -inquirió Nanbi tomando en sus brazos a aquella criatura espiritada que, de puro débil, parecía que fuera a quebrarse en cualquier momento ante los mimos que recibía.

- *Es Serpeten, hija mía y de... Bulame* – dijo tras una pausa en la que tragó saliva con gesto amargo como si intentara digerir los malos recuerdos.

- *¿Dónde está Bulame?* – preguntó ignorante Nanbi que no había observado el gesto triste de su amiga, de puro entregada que estaba a la contemplación de la pequeña Serpeten

- *Bulame...*–añadió Fukay con la mirada baja, clavada en el suelo y en los recuerdos dolorosos- *Bulame murió hace más de un año.*

Las mujeres rodearon a las dos amigas y Ungay propuso encender fuego para calentar los arcidos cuerpos de madre e hija.

- *Bulame me “raptó”*- dijo esbozando una sonrisa cómplice - , *me sacó del poblado hace dos años ¿recuerdas , Nanbi?. El no era mosi como yo, era fulani y de los más guapos. Mi padre ya había acordado mi matrimonio con Sulé, ese pastor viejo y decrepito del poblado de Sarango pero yo me citaba siempre con Bulame cuando volvíamos del pozo. El apacentaba las vacas de Sulé y me acompañaba hasta las cercanías del poblado. Cuando faltaban dos semanas para la boda, decidimos huir a Uagadugú.*

Serpeten se despertó un momento, obsequió a la expectante concurrencia con una débil llantina y se volvió a dormir de puro cansancio.

- Llegamos a la capital un mes después con tres vacas que tomamos “prestadas” de Sulé. Durante los largos días de camino de la mano de Bulame hicimos planes: vender las vacas, comprar una casa... Yo quería trabajar como maestra y Bulame era un buen pastor, sabía hacer quesos y matar y despedazar una vaca como el mejor. ¡Hasta pensó en montar su propia tienda de carne en la capital!

Mutsesu se acercó y dijo algo al oído de Nanbi que miró hacia la lejanía. En efecto, en el horizonte ya se dibujaba el resplandor que indicaba que el **harmattan** había conseguido, una vez más, despertar a Oduduwe.

- *Es tarde para volver a Diabaly* – dijo Nanbi a las demás y asumiendo un papel que nunca había ejercido pero para el que se sabía largamente preparada por los sueños de Obatala , añadió- *¡Pasaremos el día aquí!* . .

- *¡Haremos una choza para Serpeten, su primera casa mosi!* – propuso Mutsesu poniendo manos a la obra.

-*No sigas hablando Fukay, no queremos perdernos el resto de tu historia-* rogó Oyane ocupada en recoger leña..

Las “**kompule mosi**” se pusieron en marcha sin necesidad de que nadie dijera nada. Las mayores alzaron el armazón usando las ramas secas del único baobab que quedaba en las cercanías, tan escuálido y escuchimizado que parecía apenas el hermano mayor de los arbustos que lo rodeaban. En otro momento del año habían podido saborear el pan de mono, el fruto del baobab, pero hoy tendrían que conformarse con el “té de mijo” y con varios puñados de cacahuetes que llevaban como provisión para el camino. ¡Ni siquiera eso! Mutsesu requiso todo lo comestible para intentar reponer a la desfallecida Fukay.

Así pues sólo con “té de mijo” y con el calor del relato dejaron que Oduduwe se paseara por el cielo hasta ser relevado por Gulu en su infinita ronda de vigilancia.

- Cuando llegamos a Uagadugú, nos llevamos la primera y triste sorpresa. En los alrededores ya no había los árboles que tu padre, Oranyan, nos contó. La gente salía cada día por leña para cocinar y los alrededores de la capital eran un desierto tan seco como Diabaly. ¡La gente era tan pobre! Nuestras vacas enfermaron de tristeza y hambre y apenas pudimos malvenderlas.

- *¿Dónde vivías?* – preguntó la pequeña Oyane, la benjamina del grupo.

- Con el dinero de las vacas alquilamos un pequeño cuarto donde yo permanecía todo el día mientras Bulame buscaba trabajo en los alrededores del mercado. Fue allí donde encontró para su desgracia a Hamid.

- *¿Hamid, quién es Hamid?* – interrogó Oyane una vez más provocando siseos de las otras

- Hamid era un hombre del Norte, de una ciudad de la costa, allá donde acaba el desierto y las montañas y empieza el mar. Nunca me gustó su cara.

- *¿Por qué?* – preguntó la pequeña Oyane, sorprendida por el hecho de que pudiera haber rostros desagradables.

- Hamid le habló a Bulame de la tierra que hay más allá del mar, de grandes ciudades donde hay abundancia, de lugares que rebosan alimentos donde sólo hay que llegar y tomar, de pozos inacabables que llevan el agua hasta cada casa, de hogares calientes sin necesidad de leña ...

- *¿Existe todo eso?* – esta vez era Mutseu la que preguntaba mirando a Nanbi, como si Fukay les estuviera gastando una broma.

- *Si, no...* – contestó dudando Fukay - *no lo sé. Yo estuve cerca pero...*

- *Espera,* – intervino Nanbi tomando un sorbo de té – *, deja que Fukay continúe con su historia.*

- Bulame cambió desde aquel día. Sólo hablaba de la tierra en la otra orilla, “**moraman kurele**” la llamaba. Soñaba con ella, era como si ya viviese allí de tanto como le preguntaba a Hamid. Un día volvió a la habitación, cogió lo que quedaba de nuestros ahorros y salió de nuevo con prisas. En la puerta lo esperaban Hamid y dos hombres más. No vi sus rostros pero sospeché que algo pasaba cuando Bulame le entregó el dinero y estrechó la mano de Hamid.

Fukay se detuvo para mascar unos cacahuetses. Serpeten seguía dormida en los brazos de Mutseu que cantaba muy bajito: “*¡Kompule, Kompule/ ayudey mangané/ ayuney mangane /kompule, kompule!*”

- Bulame me dijo que me preparar, que al día siguiente salíamos de viaje. Yo también tenía noticias que darle pues hacía un par de meses que Gulu no me visitaba, dejando su roja huella en mi ropa. ¡Estaba esperando nuestro primer hijo! Tan contenta me sentía que no quise preocupar más a Bulame y lo preparé todo sin decirle nada.

Fuimos hacia el Norte, siempre al Norte. Primero en un viejo camión que nos dejó tirados apenas a 200 Km. Luego, andando hasta una pequeña aldea perdida. Eramos como 20 personas, casi todos hombres. Sólo una pequeña mujer **gurunsi** muy silenciosa y yo. Fue un viaje interminable casi dos meses en camiones, burros, hasta camellos recuerdo atravesando el largo desierto. Poco a poco fui dejando de entender el lenguaje de la gente de las aldeas. Ya no oía **mandé** ni **fulani** ni **songay**. Yo no encontraba el momento para comentarle mi estado a Bulame y él parecía cada vez más preocupado, así que me propuse callar hasta que fuera evidente. En apenas un mes calculaba yo, Gulu habría hecho crecer tanto mi barriga que Bulame debería, a la fuerza, notar lo.

- Y *¿qué dijo cuando lo supo?* – la que preguntaba era Mutsesu..

- *Nunca llegó a saberlo* – contestó Fukay mientras se le encharcaban los ojos y su respiración anunciaba un nuevo episodio de llanto.

Oportunamente, la pequeña lanzó un grito contra el sollozo materno, reclamando su alimento. Las mujeres callaron alrededor creando la paz necesaria para el comercio íntimo y reconciliador entre madre e hija. Serpeten mamaba con tanta fuerza que pareció secar hasta los ojos de Fukay, bebiéndose sus lágrimas y sus negros pensamientos, haciéndola sonreír. En ese abrazo quedaron dormidas dentro del refugio que las mujeres habían preparado. Nanbi pidió silencio. Cesaron los juegos, las palabras y cada una buscó donde acomodarse.

Oduduwe caminaba ya hacia su cama más allá de las montañas lejanas, más allá del gran río que nunca vieron. Obatala empujaba un grupo de nubes curiosas que jugaban con los últimos rayos de sol y se pintaban de rojo. Nanbi creyó ver en ellas una estampa de su propio grupo de **“kompule mossi”** caminando hacia el Norte. Al parecer los hijos de Oludumare se habían puesto de acuerdo para decirle algo, pero aun no sabían el qué. Anotó mentalmente la visión y cuando ya todo era silencio en el campamento, puso en el fuego un par de ramas gruesas y se abrazó a Ungay para dormir.

La bienvenida en Diabaly fue una fiesta. Arropada por el cariño de todas las **“kompule mossi”**, Fukay tardó poco en vencer la resistencia inicial de sus ancianos padres, aunque el factor definitivo fue sin duda la sonrisa que Serpeten lanzó a su abuelo. Mapopo, la arrancó de las manos de su madre para buscar en su ya mejorada faz, sus propios rasgos **mossi** y sonrió complacido al encontrarse repetido en aquella naricilla arrugada..

Habían partido temprano turnándose para ayudar a caminar a Fukay que, agotada y desnutrida, se paraba a cada paso. Si este apoyo resultaba duro y engorroso, todas peleaban entre sí para llevar a la pequeña Serpeten que a ratos dormía y, en otras ocasiones, marcaba el ritmo de la marcha con sus gritos, alegremente festejados por todas las mujeres.

Por el camino Nanbi comentó con Mutsesu lo que había visto en las nubes al atardecer del día postrero pero ninguna de las dos pudo interpretar su significado. La menor de las hermanas admiraba mucho a la otra y esperaba que, algún día, también Obatala le tocara con su magia. Pero ese día, otra preocupación arrugaba el rostro de la pequeña.

- Pronto, vendrá Gulu a verme por primera vez y temo que la mujer maga me reclame para ... - dijo Mutsesu asustada, tocándose entre las ingles - ¿no lo permitirás verdad, Nanbi?

- Nadie tocará tu florecilla.- y guiñó el ojo pícaramente - sin que tú así lo quieras. Déjame a Mawwi que yo me entenderé con ella. Tiene tanto miedo de Obatala que no se atreverá a tocarte un pelo por no enojarme a mí.

Esa noche hubo fiesta en el poblado. El padre de Fukay olvidó el robo de las tres vacas – Sulé le había obligado a pagárselas - e incluso mató una cabra para la ocasión. Vino gente de las aldeas vecinas de Modolo y de Sarango y todo el mundo participó de la alegría del poblado de Diabaly. A ritmo de la **sereendu** y del **tummbundé**, la flauta y la calabaza zumbadora, bailaron y cantaron hasta bien entrada la noche.

Cuando los más pequeños se durmieron, los mayores sacaron sus esterillas y se tumbaron junto al fuego. Fukay continuó su relato:

-Un día, no sé cuanto tiempo había pasado llegamos a una gran ciudad. Estábamos encerrados en la parte de atrás de un camión entre cajas de madera, cubiertos por una lona. Por la hendidura vi gente más pálida que nosotros casi blancos. Vestían largas túnicas y los hombres llevaban un largo paño enroscado sobre la cabeza. Las mujeres tapaban su rostro con un velo. Lo que más me sorprendió fue que, de pronto, empezamos a oír un ruido fuerte rítmico que iba y venía pero que nunca paraba. Me asomé como pude por el otro lado del camión y vi, Oyane, ¿sabes que ví? : ¡el mar, era el mar!

- ¿De verdad viste el mar? Entonces ¿es cierto lo que me contó mi padre?

El padre de Ungay, la delgada y sonriente mossi que siempre caminaba junto a Nanbi, había sido pescador en el norte pero los más jóvenes se atrevían a dudar de sus relatos.

- Sí, Ungay. Allí estaba: agua hasta donde alcanza la vista, agua verde que se movía sobre la arena como si estuviera viva y que dejaba una espuma como la que esparce Obatala cuando barre el cielo y hace virutas con las nubes. Pronto lo perdimos de vista pero su sonido, como si Oludumare hiciera sonar enojado una gigantesca **tummbundé**, como el latido del corazón de la tierra, nos acompañaron durante los 3 días que pasamos esperando en aquella habitación. ¡Fue horrible! A oscuras, sin comida ni agua y, sobre todo, en silencio, había que estar en silencio. Bulame apretaba mi mano y creo que en alguna ocasión lo sentí llorar.

Nadie nos decía nada, ni siquiera podíamos entender... Una noche vinieron unos hombres y nos llevaron en la oscuridad hasta donde comenzaba el mar. Pisé la arena. Era como la nuestra pero más fina y húmeda. ¡Estaba todo tan oscuro! Nos esperaba la “**abara**” más rara que he visto nunca. Era pequeña y tenía detrás una pieza de metal, como el ventilador de la misión de los padres blancos que rugía mil veces más fuerte. Nadie entendía a los hombres que nos llevaron allá, pero por sus gestos pretendían que subiéramos todos a la barca.

- ¿Cuántos erais, Fukay? –preguntó Mutsesu que no perdía detalles.

- Veinte, treinta, quizás más. No cabíamos. Bulame intentó protestar pero le dijeron por señas que si protestaba se quedaría en la playa y, ¡claro!, se calló y subimos.

- ¿Quién llevaba los remos? – inquirió Ungay

- No llevaba remos, era como mágica. El ventilador empezó a girar y fuimos saltando olas internándonos en el mar. No había luna y empezaba a llover. Me abrazaba a Bulame que seguía mirando hacia el Norte desde cada cresta de ola. La gente empezó a marearse y a rezar entre los gritos del patrón que amenazaba y pedía silencio. Yo también vomité.

-¿Tenías miedo?

- *Estaba aterrada –siguió Fukay –. Empecé a llorar y a pedir a Oludumare y a Aje que nos protegieran. Me sobrevino una arcada y me asomé para vomitar fuera de la barca. Una tremenda ola nos subió hasta casi las sandalias de Obatala y al bajar escuché gritar a Bulame: “¡Veo luces, llegamos a ..!” .Una muralla furiosa de mar nos pasó por encima barriendo la cubierta. Cuando conseguí abrir los ojos, Bulame no estaba ni la mayoría de los que nos acompañaban, ni siquiera el patrón. Grité y lloré llamándole, estuve a punto de saltar a buscarlo pero la mujer **gurunsi** se abrazó a mí llorando y...*

Fukay no pudo seguir. El mar que recordaba furioso se asomaba ahora manso a sus ojos. Su padre la tomó en brazos y la llevó a la choza de adobe. En la noche de Diabaly sonaron sollozos hasta que salió el sol.

Mas tarde, en su choza, Nanbi se removía inquieta despertando cada dos por tres a Ungay.

- ¿Sabes ? Creo que debemos hacer algo con ese mar. Si lo dejamos ahí va a seguir llevándose a gente como Bulame y sus amigos ¡Ya sé lo que me querían decir Obatala y Oduduwe! Somos “**kompule mossi**”, “las que llevan el mar sobre sus cabezas” . Si ese mar es peligroso, algo habrá que hacer con él.

- *¿Estás segur? ¿Podremos?* –dijo Ungay mientras su compañera ya se dormía, por fin.

Al siguiente amanecer, Nanbi volvió a repetir su visión de mujeres caminando con el cesto de agua en la cabeza. “*Sí, estoy segura*” pensó en ese momento.

Llevaban caminando varios días siempre hacia el Norte, guiándose, en ocasiones, por las estrellas que señalaban el palacio de Nyazi, la princesa celeste. En otros momentos marchaban plantando cara al **harmattan** que también venía del Sahara pero las más de las veces se dejaban llevar por el prodigioso sentido de la orientación de Oyane que parecía tener un plano del cielo y de la tierra en su diminuta cabeza.

Las siete mujeres, con sus cestos de agua bajo el brazo y un diminuto equipaje - agua, mijo y cacahuetes - , habían salido de madrugada y caminaban del atardecer al amanecer aprovechando el descanso de Oduduwe para atravesar las secas arenas del desierto.

La pequeña Oyane caminaba casi siempre al frente. Su túnica a cuadros blancos y negros destacaba sobre el árido llano y su andar menudo marcaba el ritmo. Mutsesu no se despegaba de ella, eran uña y carne sólo separadas por un año de edad. Nanbi y Ungay iban detrás animando al grupo de mujeres mayores pero sin perder ojo a las pequeñas. Walumbe, se lo había puesto claro a su hija mayor tras intentar por enésima vez convencerla de desistir:

- *Si le pasa algo a tu hermana, ni Obatala te librará de mí. ¿Qué se te ha perdido a ti en el Norte?. Llévate estas tres palomas –insistió Walumbe –y mándame noticias vuestras. No te pesarán y ellas solas se buscarán el alimento.*

Las palomas volaban sobre Oyane señalando por dónde caminaba la cabeza de la expedición. Cerraban el cortejo Fukay y las dos hermanas de Bulame, Koro y Uma que se unieron al grupo en la última noche. Eran mujeres **fulani**, mucho más altas y espigadas que las demás y también, mucho más secas y calladas.

Nanbi caminaba confiada en el mensaje de Obatala. Estaba acostumbrada a su lenguaje. “*Obatala - pensaba- jamás me metería en un lío del que no pudiera salir.*” Y así era. Sorprendentemente, Oyane nunca perdió el camino y cuando el agua o el alimento empezaban a escasear, aparecía un pozo, una charca o un pequeño oasis donde descansar y repostar.

Una tarde habían caminado tanto que hasta las palomas estaban exhaustas. El agua se había acabado. En los alrededores, sólo las inquietantes sombras de las dunas que Oduduwe dibujaba burlón antes de dormir asustando a las más jóvenes del grupo.

Nanbi miró al cielo. No había nubes en el norte ni en el sur, pero, de pronto allí al Este, Oduduwe pintó de morada una nubecilla y jugó con ella hasta ponerle un cuello largo y patas.

- *¡Esperaremos!* –dijo Nanbi, confiada en el presagio.

Antes de que se pusiera el sol, por Levante apareció un grupo de hombres azules. Majestuosamente, al paso de los camellos acostumbrados al desierto, llegaron hasta ellas.

El señor de la caravana se adelantó hasta donde estaba Nanbi que adelantando las manos en señal universal de saludo y bienvenida le esperaba.

- *¡Que Oludumare y sus hijos Oduduwe y Obatala sean contigo y los tuyos! ¡Qué Aje, la próspera acompañe tus propósitos!*

Desde detrás de su **litan**, el velo oscuro con el que cubría la cara, los acerados ojos, también negros, del camellero escudriñaron la singular partida femenina. Luego miró al cielo y tras pronunciar en voz alta “*¡Allah Akbar!*” seguida de unas palabras en **tamahaq**, que sólo pudieron entender las mujeres **fulani** las invitó a unirse al fuego que ya ardía en el centro de círculo que había formado la caravana mientras conversaban.

Los **tuaregs** se dirigían hacia el Norte. Nanbi y las “**kompule mossi**” se unieron a la expedición. Koro y Uma negociaron el “precio del pasaje”

- No sé que les podemos dar –comentó preocupada Fukay a Nanbi mientras observaban intrigadas la parca conversación entre Mulay Al’fasen, el jefe de la caravana, y las dos mujeres **fulani**.

Apenas cruzaban palabras. Todo era un misterioso e histriónico cruce de miradas y gestos. Por último, Mulay miró abiertamente hacia Oyane y Mutsesu que jugaban despreocupadamente. Koro volvió al grupo.

- *¿Quiere a las niñas?* – preguntó alarmada Fukay

- No –dijo Koro – sólo quieren oír su risa. Dicen que es tan valiosa como el agua en el desierto porque mantiene la fe. ¡ **Allah karim!**

Desde aquella noche el silencioso campamento de los hombres del velo se convirtió en un sonoro circo. Cada noche Oyane y Mutsesu bailaban y contaban historias para aquellos hombres silenciosos que las observaban con los ojos reflejando el brillo del fuego. Las dos pequeñas del grupo fueron robando una a una las palabras de aquellos señores de las dunas y la noche de la despedida incluso se atrevieron a hablar en **tamahaq**.

Nanbi , en esa noche postrera y mágica, se atrevió a preguntar a Mulay porque los hombres azules eran tan parcos en palabras y creyó adivinar una sonrisa bajo su **litan**. Uma se adelantó y contó una leyenda que compartían **tuaregs** y **fulanii**.

“Alah – comenzó el tuareg- , después de haber creado a todos los animales, preguntó a cada uno si tenía que hacerle alguna petición. La jirafa dijo que su único deseo era tener sabiduría.

- Bien dicho –respondió Alah- A partir de ahora no hablarás pues los charlatanes son unos necios. En cambio los sabios, callan.

Por eso la jirafa lo ve y lo oye todo pero nunca emite ningún sonido.”

La caravana torcía definitivamente hacia el Oeste a apenas unos kilómetros de los campamentos que se dibujaban en la lejanía. Nanbi , al ver que la caravana se ponía en marcha gritó:

- ¡Qué Oludumare sea siempre con vosotros!

- ¡*As-sa-la-mu a-lai-ka!* –silabeó el dúo infantil deseando la paz al paso de cada camello-
¡ *As-sa-la-mu a-lai-ka!*

- ¡ *Matkub!* –musitó Mulay con un gesto de la mano poniéndose al frente de las suyos y balanceándose de nuevo hacia el horizonte.

Apenas había pasado una semana. Nanbi sabía que el desierto que acababan de cruzar tenía más de 2.000 kilómetros y por ello no se extrañó cuando al volver a mirar hacia el Oeste, la caravana de Mulay había desaparecido; hasta sus huellas se habían borrado de las arenas. Sólo allá a lo lejos, casi en la almohada de Oduduwe, una larga fila de nubes ensartadas recordaba su presencia .“¡*Obatala, Obatala, nunca dejarás de sorprenderme !*” pensó.

Un cortejo de niñas y niños morenos y descalzos escoltaba a las mujeres en su paseo por la calle central de la **wilaya**. Mutsesu aún tenía en la retina la visión que desde la loma ofrecía el campamento de los refugiados saharauis. Era un inmenso damero de calles trazadas con tiralíneas sobre el más seco de los desiertos. En cada escaque de aquel sorprendente tablero, una **jaima** verde de camuflaje militar urgente y eterno. . Algo había, sin embargo, en aquel campamento que les hacía recordar Diabaly y los poblados cercanos. No eran el suelo, ni las construcciones, ni el viento... De pronto Fukay cayó en la cuenta. ¡Apenas había hombres jóvenes en aquellas **jaimas!** En cada puerta, un nutrido grupo de mujeres envueltas en **melfas** de colores con las que cubrían su cuerpo, sus hombros y su cabeza y algún hombre viejo. Jóvenes, en cambio, ninguno.

Una niña pequeñita tomó de la mano a Oyane y con ella agarrada dirigió al grupo hacia una de las **jaimas**. En la puerta la mujer que parecía más anciana las recibió:

- ¡**Salam aleikum!** –dijo apartando la cortina e invitándolas a entrar con una ligera inclinación de la cabeza.

En un rincón una mujer gruesa –era fácil parecer rellena en comparación con las **moSSI**– se afanaba sobre una pequeña tetera, escanciando el líquido marrón entre la vasija y unos pequeños vasos de cristal. Con una agilidad de manos y dedos que divirtió a Oyane sirvió ocho sorbos en otros tantos vasos y ofreció uno a cada invitada quedando el último para la mujer más anciana, la que las había recibido.

-**Salam**- repitió Embarca apurando el contenido de un solo trago

- ¡**Salam!** –contestaron las mujeres invitadas imitando su gesto.

- ¡*As-sa-lamu a-lai-ka!* – correspondieron entre generales carcajadas, las benjaminas, que tras apurar el suyo añadieron entre nuevas risas de las mujeres de manos tatuadas- ¡*Está amargo!*

- *El primero es amargo como la vida – aclaró Embarca que conocía el dialecto **moSSI** –pero habrás de beber tres. El segundo será suave como el amor y el tercero, dulce como la muerte.*

Oyane y Mutsesu se miraron y rieron pensando en un par de pastores que habían dejado atrás. Fukay, a su vez, se removió en lo más íntimo por aquella alusión a la fatalidad.

Tras los primeros tres vasos de té vinieron otros tres y otros diez más y la noche se hizo sobre la **jaima** y sobre la toda la **daira**. Mientras, dentro de la improvisada embajada, un grupo de mujeres que iba y venía interrogaba tiernamente a sus invitadas con las que dialogaban sobre todos los temas, sobre quiénes eran, de dónde venían, hacia dónde iban, etc...

Las mujeres de las **melfas**, mientras tatuaban con **hennah** en los dedos de las “**moSSI**” su alianza de amistad, hablaron de una larga y cruenta guerra que su pueblo sostenían desde hacía más de veinticinco años, de unos hogares que dejaron abandonados, cuyos nombres – Smara, Djala, etc.- recordaban en los propios campamentos para que sus descendientes, los hijos nacidos en el exilio, no los olvidaran; de un muro que partía su tierra y de un futuro que no acababa de llegar.

Las “**kompule moSSI**” hablaron de su pobreza, de su sequía que ya duraba medio siglo, de cómo el **harmattan** secaba sus pozos, del día que llegó la enfermedad maldita que diezmaba su pueblo y, cómo no, de aquel soberbio mar que se tragaba a sus hombres cuando éstos partían tras sus sueños.

Cuándo Oludumare despertó calentando las heladas **jaimas** sorprendió un solidario abrazo de cuerpos blancos, negros y cobrizos abrigados por el mismo sueño. Saida, la pequeña que había dado la bienvenida a Oyane, miraba sorprendida la piel de color chocolate de su amiga **moSSI** y se sorprendía del contraste con el negro azul de la piel de Koro o con su propia piel cobriza, casi blanca. Embarca que había encendido ya la hornilla del té empezó a hablar despertando con su melodiosa voz y su historia a toda la comunidad dormida:

“Dios hizo un hombre de arcilla y luego lo coció en su horno de pan. Deseoso de que quedara bien cocido lo dejó demasiado tiempo en el horno y cuando salió era negro. Dios lo envió por el Nilo arriba

hacia la tierra de los rostros quemados, Etiopía. Luego metió otro hombre de arcilla en el horno. Temiendo que se quemara lo sacó antes de tiempo y quedó blanco. Dios lo envió a los países del Norte. En el tercer intento sacó una criatura de un agradable color cobrizo, como de terracota y lo dejó establecerse junto a él, allí donde había creado al hombre”.

Hacia rato que las palomas de Walumbe se habían refugiado temerosas en los hombros de Mutsesu. No era aquel un buen presagio y Nanbi así lo entendió. Sugirió precaución a sus compañeras y salió sola a la cresta de una gigantesca duna de arena. Su aguda visión – otro regalo de Obatala- le permitió comprobar el porqué de aquellos negros augurios. A lo lejos un muro absurdo de adobe y alambradas dividía el desierto. A uno y otro lado de la barricada fantasmal, gente armada dormitaba sobre sus fusiles. Era la guerra de la que le habían hablado las mujeres de las manos tatuadas. No había disparos ni sangre pero hasta el viento soplabá lúgubre resonando en la boca de los cañones y el alma de las escopetas. Nanbi volvió al seno del grupo con las malas noticias. “*¿Se habrá dormido Obatala?*”

- *Es que Obatala duerme tan lejos de aquí que igual no nos ve* –comentó Oyame en plan jocoso.

Nanbi pensó y pensó mientras la más blanca de las palomas picoteaba su hombro.

- *Y ¿tú que quieres?* –dijo Nanbi enfadada .En los ojos de la paloma leyó su sugerencia

-¡Claro, la paloma puede volar hacia donde duerme Obatala y avisar de nuestros apuros!

Ató un jirón de su túnica a la pata de la paloma, pensó “*¡Obatala entenderá!*” y la soltó. La paloma emprendió un vuelo rasante hacia el sur y desapareció tras el horizonte.

- *Ahora podemos dormir confiadas* –dijo Nanbi, segura de la ayuda por llegar.

Y tras un fuerte bostezo extendió su esterilla sobre la arena y allí quedó dormida ante la sorpresa de las mujeres.

Los primeros granos de arena chocando contra la cara de Fukay consiguieron sacarla de su ligero sueño. Había soñado con su pequeña Serpeten que había quedado lejos, en Diabaly. Miró hacia el Sur, de donde venía el viento y, como si flotara sobre éste, oyó llegar a la paloma que habían soltado el día anterior. Tras ella, en el horizonte, una nube de polvo iba borrando la forma de las dunas, tragándose cuanto encontraba a su paso.

- *¡Nanbi, Mutsesu, Koro...-* alertó despertando inquieta a sus amigas.

Nanbi observó con una tranquilidad que hizo a las demás dudar, de nuevo, de su cordura:

- *¿El harmarttan soplando desde el Sur? Sin duda, esto es cosa de Obatala, estad tranquilas.*

Efectivamente cuando la nube de polvo llegó hasta el mínimo campamento de las mossi, el viento pareció abrir una habitación en el centro de la tormenta.

-*¡ Es hora de caminar!* –dijo, poniéndose de pie, Nanbi ante la sorpresa de sus compañeras.

Envueltas en el aire furioso, sin ver nada más a su alrededor que impenetrables paredes de polvo en movimiento, atravesaron la zona de aquella guerra fosilizada sin que los combatientes, preocupados por guarecerse de aquella furia surgida extrañamente desde el Sur, pudieran percibir nada. No supieron cuanto tiempo caminaron en el ojo de aquel huracán seco pero cuando la cortina de aire se disolvió dejándolas ver el paisaje estaban ya en las orillas del desierto. Ya no había rastro de militares y sólo un rosario deslavazado de oasis se dibujaba contra las montañas.

Uma divisó a un par de kilómetros una mancha de polvo muy diferente a la que acababa de dejar atrás. Un puñado de animales se movía alrededor de los restos de una pradera.

- No pueden estar lejos de una aldea. Además, debe haber alguien con ellas.

Eran vacas. Koro y su hermana, mujeres **fulanii** acostumbradas a tratar con ellas de toda la vida, adivinaron la posición de su guardián, que dormía placidamente en un vivac de paja. Resultó ser una pastora que tardó rato en recomponerse tras el susto. Había despertado del sueño apenas con una sacudida en el hombro y ante ella dos espigadas jóvenes más negras que la noche, se erguían muy serias. Un poco más allá, otras tres o cuatro mujeres parecían haber surgido del desierto durante los momentos en que Fátima, ese era su nombre, descabezaba su siesta mañanera. Ni siquiera los perros habían mostrado signos de inquietud.

-¡*Salam*! –acertó a saludar azorada, tocándose el corazón con la mano derecha.

- ¡*Aleikum salam*! –contestaron a coro las hermanas.

Sentadas todas alrededor de Fátima, Koro y Uma contaron el porqué de su viaje con un lenguaje donde Fukay reconoció las palabras de los pueblos de la costa. La mujer dijo haber oído hablar de ese mar hacia el que se dirigían las "**kompule mossi**"; Rachid, su hermano y cinco jóvenes más de Zagora, también partieron con la intención de cruzarlo y hacer fortuna en el otro lado. De Rachid no sabía nada desde hace cuatro años pero si podía dar relación de muchos hombres del valle del Dra que perecieron en aquellas aguas.

Oduuwe ya se había puesto y Fátima sintió la llamada del **almuecín** para la cuarta oración del día. Se retiró a un lugar apartado e inclinándose sobre su esterilla, tras lavar sus manos con arena del desierto, buscó el lugar por donde se ponía el Sol y hacia allí dirigió su eterna plegaria. ¡La Meca! ¿Cuándo podría ella una simple pastora, sin marido, cumplir con el **haar**, la peregrinación obligada? Quizás Alah, le tenía reservada otro tipo de peregrinación reflexionó acordándose del propósito de las mujeres que acababa de conocer.

Pensó en ellas un momento. ¿Cómo iban a atravesar un país como el suyo sin llamar la atención? Allí las mujeres debían cubrirse por entero y apenas salían de casa a partir de cierta edad. Sólo las pastoras como Fátima podían ir libremente de un lado a otro como ella llevaba haciendo más de 15 años. y ... ¡eso era!

- *Yo os acompañaré* –dijo Fátima emocionada – . *Os daré ropas y pasaremos por pastoras nómadas de vacas dirigiéndonos hacia el Norte para vender ganado.*

-*Pero* –inquirió Fukay – *¿no llamaremos la atención siendo tantas para tan pocos animales? .*

Efectivamente, las cuatro vacas escuálidas de Fátima eran tan pacatas que no parecían necesitar tal despliegue de personal.

- *¿Os ha fallado Obatala alguna vez?* –regañó Nambi, confiada como siempre aunque, de la misma manera, ignorante de la intervención que ingeniaría su protector en esta ocasión.

Al final, como siempre, Nambi contagió de optimismo al grupo y, cuando unos días después, se pusieron en marcha, parecían auténticas pastoras árabes. En general la ruta discurría por cañadas alejadas de las ciudades pero en alguna ocasión cuando se cruzaban con militares o con otros pastores, las vacas de Fátima parecían multiplicarse de repente dando la impresión de ser un inmenso rebaño necesitado de infinitos cuidadores. Fátima se maravillaba ante los prodigios pero las “**kompule mossi**”, ya acostumbradas a la eficiencia y la originalidad de Obatala, no mostraban ningún signo de sorpresa.

Cruzaron aldeas y ciudades. Atravesaron blancas medinas de calles intrincadas y casas pintadas de un blanco tan inmaculado que daba reflejos añil. Se aventuraron en zocos bulluciosos donde olía a especias, a carne y a cuero trabajado a mano. Más de una vez Oyane “perdió” su proverbial sentido de la orientación entre tanto bullicio y había que esperar que se retirara la marea humana para encontrarla sentada en un taller tomando té con un nuevo amigo repujador, sastre o tejedor de alfombras. Ni fueron pocas las veces que Fátima debió poner un arrugado billete de diez **dirhans** en la descuidada mano de un policía para que les permitiera el paso por una ciudad. Las vacas de Fátima se acostumbraron a responder a ese peaje dejando al alcance del pie del corrupto servidor una huella de similar textura a su actitud. ¡Y Obatala, en esas ocasiones, no tuvo nada que ver!

Una noche, cuando ya el viaje se acercaba al final, Fukay acabó su relato:

- N’gue, la mujer **gurunsi**, y yo fuimos rescatadas por un barco que apareció entre la lluvia por hombres blancos. Nunca habíamos visto tantos juntos. Llevaban armas y vestían de verde. Yo preguntaba por Bulame y señalaba hacia el mar pero creo que me desmayé y...

Cuando desperté estaba en una esterilla tan blanda que me dolían los huesos. “¡Bulame!” grité y una mujer blanca, también, entró hablando quedo pero en un lenguaje aún más raro que el de Fátima. Ella señaló mi vientre y preguntó. Yo asentí y la vi dibujar en un papel blanco.

Nunca más vi a Bulame y nadie hablaba **mossi** en aquella casa. Unos días más tarde volvió aquella mujer de uniforme, y me preguntó por señas por mi tierra. “**Kompule mossi Sahel**, Diabaly, Uagadugú..” dije yo creyendo que en todo el mundo se conocía nuestra fama.

“¿Sahel? ¿Uagadugú?” repitió la funcionaria con un brillo en los ojos al ver que yo seguía asintiendo con la cabeza. Hizo unos nuevos signos en el papel y se despidió. Nunca volvió.

Tres meses después de parir a Serpeten, me dieron ropa, unos papeles que no entendía y me vi con la niña en brazos, volando por encima del mundo con otras mujeres y jóvenes **mossi**, **fulanii**, incluso **mandé**. Cuando volvimos a tierra reconocí los alrededores de Uagadugu donde nos dejaron y volvieron al aire. ¡El resto ya lo conocéis!

Fátima ordeñaba a sus vacas y las mujeres iban bebiendo del cuenco que se pasaban. Cuando llegó el turno de Fukay, volvió a hablar:

-¿Sabéis? Las vacas de aquella tierra también están tocadas por Obatala ... como Nanbi.

- *¿Cómo es eso?* – preguntó divertida Mutsesu que se resistía a dormir como Oyane.

- No lo sé, lo escuché comentar en aquella casa antes de parir. Los hombres blancos tienen miedo de sus animales porque dicen que están locos y hasta creen que en sus máquinas de pensar hay enfermedades.

-*¿Vacas locas? ¿Máquinas de pensar enfermas?* – rió Nanbi y añadió mirando al cielo en tono de reprimenda- *Creo ,Oludumare, que tienes trabajo más allá del mar. Has estado demasiado tiempo con nosotras y tienes a los blancos de la otra tierra muy descuidados.*

¡El mar, allí estaba el mar! El curioso cortejo –ocho mujeres, cuatro vacas, dos perros y tres palomas- se había detenido atónito ante aquel espectáculo de fuerza y vida. Sólo Fukay humilló los ojos como vencida, recordando al antiguo enemigo. Oyane, se atrevió a mojar sus pies entre la espuma que rompía brava en la playa de Dalya. Al fondo se recortaban las sierras de Cádiz. Desde los picos del Torreón y del Algibe, la “**moraman kurele**” de Bulame saludaba la osadía de las “**kompule mossi**”, retándolas: *¡Aquí estoy, al fin! ¿Qué vais a hacer?*

Nanbi miró el mar a los ojos, fijando su vista en las olas que rompían blancas a decenas de metros de la orilla. “*¿Y ahora, qué?*” se dijo y , como siempre, esperó la respuesta de Obatala.

La noche sorprendió a las mujeres descansando sobre la arena. Improvisaron un fuego entre las dunas que besaban la orilla y allí se desarrolló la asamblea que había de poner en marcha la más descomunal tarea que nunca un destacamento de mujeres –ni de hombres- había emprendido nunca. Cinco **mossi**, un par de **fulanii** y una pastora de Zahora iban a convocar toda la fuerza, toda la magia del mundo en una noche. Oludumare, Obatala, Oduduwe, Aje y hasta Nyazi aguzaban el oído desde su morada en la bóveda celeste que cubría la playa.

- *Convertiremos el mar en un lago cerrando con piedras la entrada de agua y luego lo secaremos sacando el agua con nuestros cestos. ¡Lo hicimos muchas veces en los pozos de los alrededores de Diabaly!*

- *Podemos subir el agua a ese monte* –dijo Mutsesu, señalando al Sidi Moussa que se dibujaba a unos kilómetros de la playa – *Si trabajamos con el día, Oduduwe tomará el agua por el camino y Obatala la llevará por encima de la montaña hasta el desierto.*

- *A la vuelta podríamos traer las piedras que necesitamos para nuestro dique.* –intervino certeramente Koro.

- *¡Estáis más locas que las vacas de aquél lado! ¿Sabéis cuantos años necesitaríamos para completar el trabajo?*

- *Muchos , muchísimos , Fátima,* –añadió Nanbi con su aplomo natural –*pero si empezamos hoy, mañana faltará un día menos.*

Dicho y hecho, con los primeros rayos de sol, las **kompule mossi** metieron sus cestos en la orilla y ,aún chorreando, se lo colocaron en las cabezas como habían hecho durante siglos. Con Oyane al frente se dirigieron hacia el pico del Sidi Moussa, mientras Oduduwe apretaba su aliento para facilitar la tarea.

Fátima se frotó los ojos. Las **kompule mossi** ya se perdían en el horizonte pero, al mismo tiempo, no dejaban de estar en la orilla formando una hilera interminable que acabó por llenar el camino y la playa, reflejando ahora la cara de Oduduwe en aquella superficie húmeda que se movía y ocupaba las dunas. Más tarde, portando secretas indicaciones de Nanbi, las tres palomas alzaron en vuelo con otras tantos jirones de su vestido. La primera voló de nuevo al Sur dejando atrás la interminable fila de mujeres que ya se elevaba hacia la cima. La segunda atravesó el mar y se perdió por encima de los picos brumosos de la otra orilla. La tercera tomó impulso y empezó a volar hacia arriba como una flecha, superando las nubes, perdiéndose en las entrañas de Oludumare.

Fátima decidió obviar su continua sorpresa y hacerse cargo de la intendencia. Aquellas mujeres reales o mágicas , duplicadas o no, necesitarían beber y comer ¡Alguien debía hacerlo posible! Comenzó a ordeñar sus vacas y a colocar cuencos de leche junto al camino. Así llevaba horas cuando cayó en la cuenta de que parecía haber, de nuevo, demasiadas vacas y demasiados cuencos siempre llenos. No había nadie más ordeñando pero siempre había leche fresca. Por primera vez, se encogió de hombros y agradeció a Alah su protección.

Con la tarde Oyane encendió la primera hoguera trayendo del monte un haz de ramas secas. Alguien encontró un hermoso pez en el cesto de agua y lo colocó junto a la hoguera. Apenas había ensartado el pez para asarlo cuando la benjamina del grupo miró hacia atrás, hacia los lados y vio que, a medida que la oscuridad se adueñaba de Dalya, la playa y las dunas se poblaban con mil nuevas hogueras. Junto a ellas, otros tantos montones de peces, como el que, sin saber de qué manera, se había formado a su lado. Oyane sonrió y comenzó a asar peces y a servirlos.

Nanbi estaba en el Pico y, a la vez, en la playa, y junto al dique descargando las primeras piedras sobre la marea que bajaba. Ungay la saludaba con naturalidad cada vez que la encontraba sin plantearse como habría llegado hasta allí si acaba de verla en otro sitio distante. Koro se tropezó cien veces con su hermana en un solo viaje de vuelta sin extrañarse de tanta ubicuidad.

El ajeteo no cesó con las primeras horas de la noche. El trabajo se concentró en el dique y siempre había mujeres bajando piedras o comiendo o bebiendo o durmiendo o cantando junto al fuego. Sólo cuando faltaban dos horas para el despertar de Oduduwe, Nyazi impuso una tregua en la que todas durmieron sobre la playa mientras Obatala con su cabellera de diosa convertida en brisa marina, masajeaba sus hombros, sus brazos, sus piernas...

Aún dormían exhaustas cuando empezaron a percibir una cierta vibración en el suelo como la que se siente en la sabana cuando los animales corren en estampida. No era el mar, que apenas había retrocedido unos centímetros en toda la playa, no, no era el mar. Miraron hacia el Sur, bordeando las laderas del Sidi Moussa y allí, una inmensa mancha negra pare-

cía desplazarse sobre la llanura. El ruido se rompió en miles de cantos y llamadas cuando las mujeres de la playa avistaron los rostros de las mujeres que venían del sur, capitaneadas por Walumbe, que traía a Serpeten en brazos y una paloma en el hombro.

Venían con ella todas las mujeres **mossi** con sus túnicas blancas y sus cestos de agua; venían las mujeres **fulanii** de Gambia, de Malí, con sus atavíos tan oscuros como su piel; allí estaban las mujeres **gurunsi** de Burkina, de Senegal, pequeñas y bajitas con sus cabras y sus canciones; estaban las mujeres **bobu** de Níger, de Nigeria; las **mandé**, las **senufo**, y **lobi**; también acudían las mujeres de las **melfas** con sus manos tatuadas; jóvenes, niñas, viejas, todas llamadas al Norte por una paloma que se duplicaba cada vez que se posaba en una aldea, que había llegado a cada rincón donde una mujer quería escuchar hablar del mar que devoraba hombres y de las “**kompule mossi**” que se habían propuesto secarlo.

Tras los abrazos y las explicaciones, todas volvieron al trabajo. Cargar el cesto de agua, caminar hacia el monte y volver con las piedras hacia donde el dique ya alcanzaba la otra orilla.

Oduduwe tenía mucho trabajo y sobre el ejército de mujeres se levantaba colosales borrascas preñadas de negros nubarrones que Obatala transportaba por encima del pico, por encima del Atlas para que descargaran sobre la seca tierra del Sahara, del Sahel con el consiguiente regocijo de sus desesperanzados habitantes.

Oludumare cambió los días alargando las horas de sol y, poco a poco, el mar dejó de ser bravucón y empezó a disminuir, a perderse de la cercanía. de las dunas. El trajín era incesante y ya ocupaba las playas de Ksar es Shir y El Mnâr acercándose a Tánger y a Ceuta.

Tras las mujeres, llegaron algunos hombres a la playa. Al principio permanecían sentados en la orilla riendo ante la titánica tentativa. Más tarde, ante la imparable energía desatada, uno se puso en pie y de no sé donde apareció en sus manos un cesto de agua. Se acercó a la mermada orilla, lo llenó y emprendió el camino de la montaña. Como una avalancha, como si todos estuviesen esperando al precursor, los demás se levantaron y se unieron a la cadena.

Nunca faltaron un cuenco de leche o un pez para nadie. Fátima hacía tiempo que había dejado de preguntarse y sólo se detenía en sus momentos de oración. Cuando alguna duda la asaltaba, se decía a sí misma: ¡*Matkub!* y volvía a la tarea.

Aquella noche cuando Nyazi, la princesa de las estrellas, ordenó parar, las hogueras encendieron el cuerno norte de Africa y en la otra orilla, el resplandor iluminó algunos corazones y alimentó algunos miedos.

Obatala sopló recio al día siguiente para despertar al contingente dormido. El mar había retrocedido un par de kilómetros, pero, ¡aún quedaba tanto...! Nanbi sintió en el hombro un picotazo familiar. Otra paloma, la que voló hacia arriba, había vuelto.

-¿Qué noticias me traes?

Por toda respuesta Oludumare abrió una puerta en el cielo y por la escalera de nubes que construyó Obatala fueron bajando todas las antepasadas de Nanbi y de Fukay, de Koro

y de todas las mujeres presentes. Estaban allí todas las mujeres muertas antes de conocer el amor y todas las que murieron pariendo. Estaban allí las que partieron felices, rodeadas de amor y las que dejaron el mundo torturadas, con los ojos amoratados de lágrimas y de sangre. También vino Oranyan, el padre de Mutsesu, y hasta Bulame que sonrió al divisar a Fukay con Serpeten esperándolo en el pie de la escalera. Volvieron los ahogados en el mar, los de la lista de Fátima, Rachid y sus compañeros de aventura y los muertos por la enfermedad maldita y los niños y las niñas muertas de todas las guerras y de todas las hambres, por miles, por millones. Sintióse invencible con tal legión de voluntades sumadas, Nanbi gritó “¡Adelante!” haciendo temblar el mar en retirada.

El dique ya subía varios metros de orilla a orilla y el mar desaparecía a trozos en los cestos de agua de aquellos millones de seres. Las orillas se acercaban y antes de acabar el día sólo una pequeña laguna donde se agitaban asustados los peces que aún no habían sido rescatados, separaba la tierra africana de la “**moraman kurele**”, la nueva tierra de promisión.

Había anochecido y cuando desde la orilla pobre se prendían por última vez las hogueras, desde la ribera europea, con no menos potencia se encendieron focos, reflectores y todo tipo de luces para alumbrar la charca que aún separaba el hambre y la opulencia. En la margen rica, ante la mirada atónita de las **mossi**, se desplegaron miles de hombres con cañones, tanques y fusiles que apuntaban hacia ellas.

Sin la intervención de Obatala pero con la misma rapidez casi mágica, en apenas unas horas surgieron alambradas, muros y se cavaron hondas trincheras y fosos defensivos. A lo largo de toda la costa, ahora huérfana de mar, se oyeron en aquella interminable noche, órdenes que más asemejaban ladridos y el eco de voces que contestaban “¡¡Sí, señor!!” rebotaba contra los restos de antiguas embarcaciones que, varadas por años en el fondo del mar, volvían a ver inesperadamente la luz de las estrellas bajo las que naufragaron.

Las mujeres del Sur dedicaron la noche a enterrar a aquellos huesos que la derrota del mar les devolvía. Nyazi y Gulu alumbraron el descubrimiento de mil, de un millón de fosas y el crepitar de otras tantas piras donde las almas que Oludumare había conducido desde el cielo hasta el descomunal tajo se reconciliaban con sus cuerpos arrebatados años atrás por el mar.

Tras una noche de reencuentro, despedidas y llantos, Oduduwe se asomó de nuevo por detrás del Atlas descubriendo una escena en la que millones de seres insomnes se miraban a uno y otro lado de la laguna salada que un día fue llamada por los romanos el Mare Nostrum.

Los rostros de los soldados apuntando barbas incipientes reflejaban la tensión que precede al primer disparo, a la primera detonación. Las mujeres, en el otro lado miraban desesperadas la nueva muralla de hierro que había sustituido al mar asesino.

Las “**kompule mossi**” rodeaban a Nanbi en silencio pero interrogando con toda la fuerza de sus miradas. Nanbi, por primera vez, dudó. El cielo no daba muestras de mensajes de Obatala y hacia el Norte, le asustaba mirar.

Al mediodía Fukay se levantó del círculo y con lágrimas en los ojos, tomó su cesto de agua, a Serpeten y, sin decir palabra, dio unos pasos en el camino que la llevaba de vuelta al Sur. Algunas mujeres la imitaron pero cuando el movimiento amenazaba con convertirse en una retirada masiva, Oyane gritó: “¡Mirad, allí, tras los soldados!”

Millones de rostros blancos, morenos, negros miraron hacia el Norte detrás de la barricada de hierro, carne y uniformes verde y caqui. Allí, una inmensa polvareda avanzaba desde la lejanía. Sobre ella, la tercera de las palomas de Walumbe volaba en círculos.

Los soldados abandonaron, poco a poco, sorprendidos, sus actitudes marciales para mirar con sus prismáticos metálicos aquella marea humana que se les venía encima.

Las mujeres del Norte llegaron poco a poco hasta donde acampaba la tropa. Venían las madres de los soldados, los que hoy acampaban ante el estrecho y los muertos en las miles de batallas con las que está salpicada la historia, con los ojos arrasados y el alma insumisa y rebelde; arribaban sus novias, sus hermanas con eternos dolores de ausencia y de sueños de abrazos perdidos; estaban las madres, las hermanas y las novias de los vivos y los muertos en mil batallas sin disparos ni sangre; las madres con hijos de mirada perdida, que nunca tuvieron donde caer, ni vivos ni muertos; las madres de los hijos sin futuro ni presente; llegaban las mujeres amantes de los sueños y de la paz y las que unen sus manos para toda la vida; las mujeres que mueren felices y las que viven horrorizadas, muriendo un poco cada día con cada golpe, con cada silencio; mujeres de negro, de guerras de hoy en el viejo continente; mujeres de aquella orilla, las vivas y las muertas, todas al llamado de la más postrera e inquieta de las palomas.

Cuando llegaron donde la tropa, abrazaron a los hombres, los desnudaron y clavaron sus fusiles en la arena de aquellas playas. Con sus uniformes volvieron a tapar las trincheras y cuando los cañones cayeron sin vida hacia la tierra y el alambre de espinos fue arrancado, abrieron sus brazos mirando hacia el Sur.

Las “**kompule mossi**” se pusieron en movimiento y tras ellas toda la orilla de Africa pareció atravesar la pequeña laguna. Mutsesu, Oyane, Saida y hasta Serpeten chapoteaban con el agua por las rodillas. Apenas 300 metros más allá dos continentes se fundieron en un abrazo que reconciliaba veinte siglos.

Nanbi pensó que era hora de volver a Diabaly. Según Walumbe, hacía meses que llovía en todo el Sahel. La cosecha de mijo sería, por primera vez en un siglo, espléndida. ¡Todo un presagio! Buscó a Ungay con la mirada. Su amiga también la buscaba entre la multitud. Cuando sus ojos se encontraron Nanbi le ofreció su mano pero Ungay se llegó hasta ella, la tomó por la cintura y así caminaron, juntas, hacia el Sur.